

constantes ejemplificaciones y alusiones a las fuentes literarias fundamentan las teorías expuestas y hacen, además, de este un texto de lectura amena y agradable.

También se hace necesario destacar que, además del sugerente prólogo introductorio de Anna Caballé, el autor ha añadido un “resumen sinóptico” en el que se reúnen de manera sintética y rigurosa los rasgos esenciales de cada una de las modalidades antes analizadas. Finalmente, cabe llamar la atención sobre la valiosísima bibliografía añadida en las últimas páginas que será, sin duda alguna, de gran utilidad para aquellos lectores interesados en profundizar en el amplio mundo de la literatura autobiográfica.

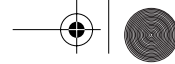
Teresa Choperena Armendáriz
Universidad de Navarra

AURELL, Jaume. *La escritura de la memoria: de los positivismos a los postmodernismos*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2005. 254 pp. (ISBN: 84-370-6043-5)

Las dos caras del proceso (meta)histórico de la modernidad tienden a generar situaciones aparentemente contradictorias. Una de ellas es el hecho de que la creciente especialización en las ciencias sociales y las humanidades haya terminado por volver borrosos los límites que separan cada disciplina, lo que ha revertido, paradójicamente, en una mayor interdisciplinaridad. Esta situación se hace especialmente palpable a la hora de abordar cuestiones metodológicas y epistemológicas. En *La escritura de la memoria: de los positivismos a los postmodernismos*, Jaume Aurell describe una serie de debates historiográficos a lo largo del siglo xx —en torno a conceptos como los de cultura, sociedad, estructura, acontecimiento, mentalidad, relato, discurso o representación— que puede resultar de interés no solo para historiadores sino también para filólogos, sociólogos, antropólogos y filósofos. El periodo histórico que mejor cubre este libro es el de los últimos treinta años, momento en el cual se ha producido el proceso histórico al que hacía referencia arriba.

Se trata una de las primeras aportaciones hechas en España al incipiente campo de la historia de la historiografía desde la perspectiva de la historia intelectual. La valentía de Aurell es aún mayor si tenemos en cuenta la dificultad intrínseca que alberga “historizar” los movimientos culturales e intelectuales del siglo xx (de esta dificultad surgen precisamente la denominada crisis de la idea de progreso y el postmodernismo). Sin embargo Aurell hace de la necesidad virtud. Aprovecha el tirón del éxito del “presentismo” (pensar que la historia remite únicamente a su autor y no al hecho histórico que pretende representar) para destacar el valor epistemológico de la historia de la historiografía, a la que considera paradigmática del momento histórico actual. Pero al mismo tiempo propone la superación de la dicotomía positivismo-relativismo (L. Stone usó el término “espada de Damocles” para referirse a esta situación) mediante la apelación a las “terceras vías”. Lo que en realidad es una





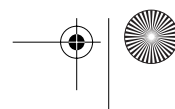
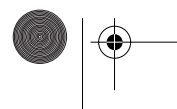
reivindicación en favor del oficio del historiador para absorber y desechar ideas en función de su viabilidad práctica en el curso de la investigación histórica.

Un primer vistazo al índice resulta revelador. De él saltan a la vista tres características que la lectura del resto del libro corrobora: un estilo claro, dinámico y ameno; una actitud más pragmática que partidista ante los debates teóricos (ver “qué se puede sacar” de ellos); y una clara apuesta por la narración histórica frente al análisis sistemático. En lo que sigue discutiré más detalladamente estos tres elementos, aunque antes reproduzco sintéticamente el índice: I. De entresiglos a entregueras: el agotamiento de positivismos e historicismos; II. La hora de la disciplina histórica: los *Annales*; III. La dictadura del paradigma de posguerra (estructuralismo, marxismo); IV. La transición de los setenta: de las economías a las mentalidades (tercera generación de *Annales*, escuela de Bielefeld); V. El postmodernismo y la prioridad del lenguaje (giro antropológico, giro lingüístico). VI. El giro narrativo (relato, itinerarios); VII. La conmoción de los ochenta (crisis de la historia, declive de las escuelas nacionales); VIII. Las nuevas historias (lo “nuevo” en historiografía, nueva historia política, historia de lo religioso); IX. El giro cultural (nueva historia cultural, microhistoria, símbolos, lenguajes y sociedades); X. Epílogo: el recurso a las terceras vías (tradición y renovación, referencialidad y representación).

La cuestión del estilo remite a la cuestión de la narración. El libro no esconde sorpresas inesperadas, cada sección se inicia haciendo referencia a la anterior y termina abriendo una nueva cuestión que será inmediatamente respondida; y sin embargo mantiene siempre una cierta incertidumbre que impulsa a seguir leyendo. Uno se da cuenta en seguida de que no está ni mucho menos ante una suma de trabajos independientes, sino ante una narración personal, palpitante y bien tramada. La facilidad con que se lee *La escritura de la memoria* contrasta con, por ejemplo, el manual de G. G. Iggers (*La ciencia histórica en el siglo XX*. Barcelona: Idea, 1998), un libro esencial sobre el tema, pero cuya densidad y tecnicismo dificulta la comprensión por parte de los no especialistas.

La perspectiva generacional también marca una distancia entre Aurell y los autores de la edad de Iggers. En su planteamiento de fondo, Aurell piensa a través de conceptos (discurso, representación, escritura, narración, ficción) y autores (White, De Certeau, Spiegel, Davis, Ginzburg, Ricoeur, Chartier, Burke) de actualidad. Por otro lado, también resulta sintomático que no insista demasiado en el caso del Holocausto, tan citado por los autores de generaciones anteriores como límite ético y moral entre el hecho histórico “real” y sus representaciones posteriores. En cambio, sí hace referencia a los desafíos planteados por la globalización o la caída del muro de Berlín. Finalmente, mientras los historiadores educados en las culturas marxista y sociológica buscaban la relación entre lo material y lo mental, Aurell, siguiendo las tendencias historiográficas más recientes, se pregunta por la relación entre la realidad y su representación.

La cuestión de fondo en *La escritura de la memoria*, la superación por parte de la historiografía de los planteamientos relativistas del posmodernismo, conduce al



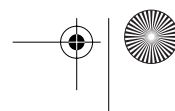
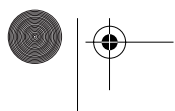
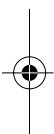


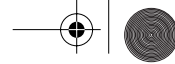
autor hacia soluciones a medio camino entre el escepticismo radical posmoderno y los paradigmas científicos de los años 50 y 60. Aurell percibe una conexión histórica entre el éxito actual de las teorías narratológicas e historicistas del conocimiento de autores tan diversos como Rorty, Ricoeur o Lakatos, y el éxito de la historia de la historiografía. Al final del libro afirma incluso que ha llegado el momento de “plantear de nuevo la función nuclear de la historia” en el ámbito de la ciencia moderna. Se entiende que no se refiere a una vuelta al predominio institucional de la historia como en la Francia de la época braudeliana, sino a que en todo conocimiento una cierta perspectiva histórica o narrativa es –a pesar de todos los formalismos, funcionalismos y estructuralismos– irreducible. El historiador, concluye Aurell, superando el escepticismo del “presentismo”, “debe tomar la palabra”. Es decir, el historiador tiene que, a su manera, “hacer” él también historia.

Esta declaración de intenciones nos remite a un autor y a una generación de historiadores interesados por aclarar su posición en la maraña conceptual del mundo actual. Para los lectores-historiadores, esta es una de las principales utilidades prácticas del libro: surgido de un intento personal por ubicarse dentro de la tradición historiográfica, ofrece como resultado una orientación para quien se pregunte de dónde venimos y hacia dónde vamos en tanto que historiadores. Si comparamos a la comunidad historiadora con los tripulantes de un barco, podría decirse que Aurell les ofrece las herramientas más modernas de navegación (mediante la exposición de debates historiográficos o las continuas referencias a obras “clásicas”). Uno de esos instrumentos sería un mapa con el que orientarse en el mar. Respectivamente, el mar sería el pasado y el mapa la historia de la historiografía.

Junto al reconocimiento de la dimensión narrativa del conocimiento histórico, el otro argumento epistemológico que sustenta el ensayo de Aurell es la existencia paralela de una trama histórica a lo largo del siglo XX que la historiografía no hace sino reflejar: “la historiografía es expresión de tendencias intelectuales predominantes en cada momento” (17). Aurell intuye algunas relaciones interesantes entre las principales ideas historiográficas y sus contextos políticos, sociales y culturales. Tras la Segunda Guerra Mundial los historiadores se alejaron de la filosofía de la historia y prefirieron modelos interpretativos estáticos y funcionalistas siguiendo a la economía y a la sociología. Tras la descolonización y la revolución cultural de finales de los sesenta, se desarrollaron la historia de las mentalidades y la historia de las clases subalternas tomando como modelo a la antropología. Durante los ochenta y noventa triunfaron la historia cultural, de género, del lenguaje y de las representaciones, por influencia del posmodernismo.

La tesis de Aurell –que para superar el obstáculo del “presentismo” basta con conocer cada uno de los contextos históricos en que se genera la historiografía– está en la base de la disposición narrativa del libro. Se trata de un argumento pragmático y hasta cierto punto verdadero pero, desde un punto de vista epistemológico, tal vez sea demasiado simplificador. Las épocas y los movimientos culturales no aparecen y desaparecen como las señales en una carretera. Al contrario, son construcciones teó-



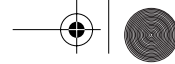


ricas complejas (no objetos sino objetivaciones). Y aunque es cierto que cada autor y cada escuela están condicionados por su contexto, deducir de ello que la solución al problema está en narrar una historia de los sucesivos contextos, es trasladar el problema del “presentismo” de la historiografía del siglo xx a la historia del siglo xx. Nada nos hace pensar que hoy estemos en una situación mejor que ayer para poder conocer los condicionantes históricos a los que “hoy” estamos sometidos. Si no, no serían propiamente condicionantes históricos.

La historia de las ideas —que es en donde se inserta temáticamente la historia de la historiografía planteada en este ensayo—, como cualquier otro tipo de historia, remite siempre, además de a su propio contexto histórico, a una filosofía de la historia latente. Eso no es ni bueno ni malo. El problema está en que la historia de las ideas tradicional, heredera del siglo xix, partía de una filosofía de la historia que erigía a las “épocas” en agentes históricos todopoderosos, dentro de una trama meta-histórica sustentada en la fe en el progreso. En el caso de los historiadores “culturales” del arte, E. H. Gombrich, en *In Search of Cultural History*, censuró esta característica como un resto atávico del espíritu de la época (*Zeitgeist*) hegeliano. Por su parte, como ha demostrado R. Chartier (“Intellectual History or Sociocultural History? The French Trajectories”. *Modern European Intellectual History*. Ed. D. La Capra y S. Kaplan. Londres: Cornell University Press, 1982. 13-46), L. Febvre, fundador de la escuela de “Annales”, criticó a los historiadores de la filosofía por practicar una historia petrificada e irreal.

No obstante a finales del siglo xx, la crisis de los estructuralismos y el retorno de lo narrativo, abrieron de nuevo el camino para la historia intelectual. La historia de la historiografía, como parece defender Aurell, podría ser un modo de relanzar y reinterpretar la vieja historia de las ideas. Su noción de “arista cortante de la innovación” podría servir como una herramienta teórica muy útil. Pero ¿cuál es exactamente la relación entre lo que Aurell llama “la historiografía” (propiamente dicho, la historia de la historiografía) y la historia de las ideas?, y ¿entre ambas y la historia social, política y económica? Si Aurell hubiera añadido a su libro una sección titulada, por ejemplo, “la nueva historia intelectual” o la “historia de la ciencia” (hace referencia a ellas pero no les dedica una atención monográfica), se hubiera visto obligado a aclarar mejor las raíces de sus propios planteamientos epistemológicos.

Aurell invita a los historiadores de hoy a seguir los planteamientos de Geertz, Ginzburg y de Certeau entre otros, pero si nos atenemos al análisis de lo que estos autores predicán, vemos que son metodológica y epistemológicamente incompatibles con los fundamentos de *La escritura de la memoria*. En primer lugar, los planteamientos “interpretativistas” y “microhistóricos” de Ginzburg y Geertz, con todos sus seguidores y con todas sus diferencias, vinculan el conocimiento en las ciencias humanas con la irreductibilidad del caso individual; de ahí lo de la dimensión narrativa del conocimiento (no solo porque ambos sean excelentes escritores), y los calificativos de antropología “interpretativa” de Geertz (*The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books, 1973) y ciencia “indiciaria” de Ginzburg (“Indicios: raíces



ces de un paradigma de inferencias iniciales”. *Mitos, emblemas, indicios; morfología e historia*. Barcelona: Gedisa, 1994. 138-75). La peculiar historia de las ideas que viene desarrollando Ginzburg en los últimos años gira en torno a conceptos no conectados entre sí (lo alto y lo bajo, estilo, extrañamiento, prueba), y no en torno a “la historia” entendida como un proceso universal e irreversible. Algo parecido puede decirse de Michel de Certeau. Tanto su labor como historiador (historia del misticismo, historia del psicoanálisis, historia de la literatura de viajes), como su epistemología sobre la construcción del discurso histórico (“la operación historiográfica”), ofrecen un horizonte cognitivo basado en la fragmentación. En él también resultaría difícil ubicar la concepción de fondo de “la historia” en singular de la que partía la historia de las ideas tradicional.

Por otro lado, el tratamiento de temas y autores por parte de Aurell es desigual: ¿dónde está Foucault o los historiadores españoles que no siguen a *Annales*? De todos modos, no tiene sentido insistir en criticar un libro por lo que no pretende ser. No se puede contar “la” historia de la historiografía y al mismo tiempo ser pormenorizado y sistemático. Un especialista que busque nuevas aportaciones sobre un autor o un concepto en particular tal vez encuentre algunas de las afirmaciones de Aurell imprecisas. En cambio, quien se interese por la evolución de la historiografía (y la historia) en el siglo xx, o esté buscando nuevas ideas interdisciplinarias para aplicar en su investigación, lo encontrará de gran utilidad.

Lo macro y lo micro, lo narrativo y lo analítico, aportan miradas distintas sobre el pasado. A veces, al establecer conexiones entre ambos niveles algunas piezas chirrían. Pero en el campo de la historia de la historiografía, como en todas las ciencias humanas, se necesitan ambos tipos de trabajos. Vivimos en una época de fuertes contrastes en la que el “boom” de lo local se ha convertido en mecanismo de defensa contra lo global. Sin embargo, aun sabiendo que el éxito de lo local surge del proceso mismo de globalización, no terminamos de saber muy bien qué es exactamente la globalización. Es posible que el momento de interdisciplinaridad en que estamos inmersos y en el que este libro ahonda, sea un indicio de ese fenómeno macro-histórico. También puede que el “retorno de la historia” en las ciencias humanas anunciado por Aurell equivalga, desde un punto de vista puramente formal, al éxito de lo local en otros planos culturales (ideología, ocio, etc.). En fin, aunque solo fuera por las reflexiones que seguramente evocará en el lector, considero *La escritura de la memoria* un libro muy recomendable.

Julián Díez Torres
Universidad de Navarra

